

**ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE**  
**ALGUNOS ASPECTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS**

SUSANA ABAD MIR\*  
Universitat Pompeu Fabra

¿Puedes ver la luna?  
¿Puedes ver cómo se ve...?  
Gertrude Stein, *A Circular Play*

*Abstract:* Archaeology of death is an archaeological research field which stems from the so called Anglo-American processual archaeology of the 1960s. It focuses on funerary practices of human societies and, by extension, on the impact of death on the members of such communities.

In the following paper our aim is to undertake a short review of the fundamental theoretical and methodological concepts in this field of study. Without these concepts the understanding of the existing various interpretative trends would be, in our opinion, very complicated.

## 1. INTRODUCCIÓN

La arqueología de la muerte es un campo de investigación arqueológica que nace en el seno de la denominada arqueología procesual anglo-americana de los años sesenta. Su objeto de estudio son las prácticas funerarias de las sociedades humanas y, por extensión, el impacto que tiene la muerte sobre los miembros de dichas comunidades.

---

\* Quisiera agradecer a la Dra. Marina Picazo y al Dr. Chris Wickham sus valiosas sugerencias y comentarios para el presente artículo. No obstante, el único responsable de las ideas presentadas en este artículo es la autora.

Este nuevo enfoque a un campo tradicionalmente trabajado significó un cambio drástico que modificó para siempre los paradigmas que existieron hasta ese momento. Tengamos en cuenta que, anteriormente, y a grandes rasgos, la explicación que se daba en el seno de la arqueología historicista o tradicional a la diversidad de las prácticas funerarias a lo largo del tiempo y a lo ancho de los diferentes ámbitos culturales era simplista. Eran en realidad “modas” que guardaban relación con desplazamientos de población o con la difusión de ideas entre culturas.

En las páginas que siguen a continuación vamos a intentar hacer un breve repaso a algunos de los conceptos teóricos y metodológicos que consideramos fundamentales en este campo de estudio. Sin ellos, la comprensión de las diferentes tendencias interpretativas existentes sería, creemos, muy complicada.

## 2. ARQUEOLOGÍA PROCESUAL *VERSUS* ARQUEOLOGÍA TRADICIONAL

Trazar una detenida y minuciosa caracterización de los cambios que experimentó la Arqueología a mediados del siglo XX y hacerlo, a su vez, en pocas líneas, es un trabajo complicado. Esta labor debería hacerse a partir de las prescripciones teóricas anteriores de lo que se ha denominado arqueología tradicional. Sin embargo, vamos a establecer, en su lugar y de manera breve, los conceptos más relevantes que promovieron la génesis de la llamada nueva arqueología.

La aparición de la nueva arqueología se enmarca dentro del proceso de renovación teórico-metodológica llevada a cabo en el ámbito académico anglosajón en los años sesenta y setenta. De modo general, las insatisfacciones respecto a la forma en que se llevaba a cabo la investigación y, al mismo tiempo, la manera en que la evidencia arqueológica era interpretada, motivó el planteamiento de un nuevo enfoque que enfatizaba el potencial de los vestigios materiales, incluso en aspectos tales como el social y el económico.

Hasta aquel momento, la interpretación arqueológica de las sociedades del pasado había estado dominada por los enfoques denominados habitualmente “tradicionales”, esto es, las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales.

El concepto de evolución sociocultural ha sido muy significativo en el desarrollo de las Ciencias Sociales, particularmente en la Antropología. Este hecho fue debido fundamentalmente al impacto de la teoría de la evolución desarrollada por C. Darwin. En analogía con los principios de mutación aleatoria y selección natural de las especies, se cree que las sociedades humanas están en una constante competición por los escasos recursos naturales disponibles. El resultado es la supremacía de las culturas más avanzadas para sobrevivir en las condiciones presentes, en detrimento de las culturas más simples. De este modo, a partir de datos etnográficos de distintos tipos de sociedades, fueron establecidas una serie de secuencias lineales de desarrollo tecnológico, comunes a todas las sociedades humanas, sobre las cuales se situaron las culturas presentes o desaparecidas. Antropólogos como E. B. Tylor<sup>1</sup> y L. H. Morgan<sup>2</sup> publicaron, en el último tercio del siglo XIX, trabajos relevantes en los que sostenían que las sociedades humanas habían evolucionado desde un estadio de salvajismo, pasando por la barbarie, hasta llegar a la civilización. Los estudios de Morgan influyeron profundamente en el pensamiento de F. Engels, quien se inspiró en ellos en sus textos sobre las sociedades precapitalistas influenciando, a su vez, a un gran número de antropólogos marxistas. De la misma forma, la obra de Darwin respaldó los esquemas evolutivos de formas artefactuales confeccionados por arqueólogos como J. Evans<sup>3</sup> y A. L.-F. Pitt-Rivers<sup>4</sup>, que dieron lugar al método tipológico, posteriormente rediseñado por el investigador sueco O. Montelius<sup>5</sup>.

Por otra parte, no podemos pasar por alto las conexiones que se establecieron entre antropología y arqueología, fruto del trabajo conjunto de ambas disciplinas. Mientras que la arqueología empleó las secuencias

---

<sup>1</sup> E.B. Tylor, *Researches into the Early History of Mankind and the Development of Civilization*, Londres 1865; E.B. Tylor, *Cultura primitiva*, Madrid 1977 (editado por primera vez en Londres en 1871).

<sup>2</sup> L.H. Morgan, *La sociedad primitiva*, Madrid 1987 (editado por primera vez en Nueva York en 1877).

<sup>3</sup> J. Evans, On the date of British coins, *The Numismatic Chronicle and Journal of the Numismatic Society* 12 (1850): 127-137.

<sup>4</sup> A.L.F. Pitt-Rivers, *The Evolution of Culture and Other Essays*, Oxford 1906.

<sup>5</sup> O. Montelius, *Die typologische Methode: Die älteren Kulturperioden in Orient und in Europa*, Estocolmo 1903.

evolutivas desarrolladas por la antropología para establecer seriaciones tipológicas de los objetos en función de su grado de complejidad técnica, la antropología se sirvió de la arqueología para verificar sus hipótesis de trabajo. De este modo, se plantearon correspondencias entre las fases de progreso de las culturas humanas y las evidencias arqueológicas que éstas han ido dejando. En suma, ambas disciplinas se complementarían desde este punto de vista: la antropología aporta la dimensión cultural y la arqueología la coordenada espacio-temporal. No obstante, a medida que la arqueología fue adoptando el método estratigráfico de la geología, que facilitó la documentación de grandes secuencias estratigráficas, se pusieron de manifiesto algunos inconvenientes del planteamiento evolucionista. En este sentido, se observó que a menudo la clasificación tipológica de los artefactos en función de criterios tecnológicos no seguía la línea de desarrollo estipulada, que va de lo simple a lo complejo. Es decir, los vestigios materiales podían moverse, bajo determinadas circunstancias, en otra dirección distinta a la fijada, trazando avances y retrocesos. Los artefactos podían no estar sujetos a las leyes universales de progreso y, por consiguiente, cabía la posibilidad de que no se correlacionaran obligatoriamente con formas sociales determinadas.

A raíz de los obstáculos de la posición evolucionista, el concepto de cultura arqueológica empezó a tomar forma. Por tal se entiende el conjunto de objetos materiales que aparece reiteradamente en un área geográfica concreta en un período determinado. De este modo, los objetos fueron clasificados en culturas arqueológicas y, seguidamente, equiparados a grupos humanos presumiendo que éstos eran manifestaciones de normas culturales y, por tanto, de ideas que residían en las mentes de los individuos<sup>6</sup>. A diferencia de los planteamientos evolucionistas, los restos materiales integrantes de las culturas no pretendían determinar modelos de progreso universales, sino la configuración de formas de vida particulares en un espacio y tiempo específicos. Dicha definición de cultura, calificada como normativa, implicaba explicaciones sencillas y subjetivas de los hechos, generalmente vinculadas a migraciones de pueblos o a la difusión de ideas entre culturas que aproximaron la Arqueología al historicismo. El conocimiento arqueológico fue alejándose progresivamente de la

---

<sup>6</sup> V. Gordon-Childe, *Introducción a la Arqueología*, Barcelona 1989, p. 18.

tendencia cientifista de las teorías evolucionistas para acercarse, en su lugar, a posturas historicistas que consideraban los modelos de vida humana fruto de complejas causas históricas que escapaban de toda simplificación.

La elaboración del concepto de cultura en el plano histórico es obra del antropólogo norteamericano de origen alemán F. Boas. A diferencia de sus predecesores Morgan y Tylor, Boas consideraba a cada cultura como una entidad única. De ahí se desprende que todas las culturas poseen un itinerario histórico individual, comprensible únicamente a partir del análisis de las particularidades de su propia trayectoria y, en el que la difusión ejerce un papel fundamental en el desencadenamiento del cambio. Por consiguiente, los rasgos culturales de las sociedades humanas deben ser examinados teniendo en cuenta el espacio específico en el que se desarrollan, especialmente su contexto histórico-cultural, de ahí la denominación de este enfoque generalmente como particularismo histórico. Trasladando estos presupuestos al terreno arqueológico, el objetivo de la arqueología histórico-cultural ya no era interpretar los objetos como la materialización de una serie de fases de desarrollo cultural, sino como elementos significativos que habían coincidido en tiempo y espacio como resultado de ciertas causalidades históricas. En definitiva, la Historia se convirtió en el principal elemento estructurante de las sociedades humanas, mientras que la cultura material quedó relegada a un segundo plano, siendo ésta considerada una manifestación de determinadas cualidades culturales.

A grandes rasgos, los arqueólogos dedicaban un gran esfuerzo en ordenar y describir el movimiento de los vestigios materiales, pero a menudo olvidaban explicar los motivos por los que se producía el cambio cultural. Como señalan R. L. Lyman, M. J. O'Brien y R. C. Dunnell<sup>7</sup>, uno de los principales inconvenientes de la historia cultural fue no plantear una teoría convincente sobre el cambio y la estabilidad cultural. Las aproximaciones al pasado se realizaban teniendo en cuenta exclusivamente criterios tecnológicos y, en alguna ocasión, aquellos relacionados con la subsistencia, de modo que las culturas arqueológicas eran interpretadas como si no evolucionasen. A pesar de todo, durante la

---

<sup>7</sup> R.L. Lyman–M.J. O'Brien–R.C. Dunnell, *The Rise and Fall of Culture History*, Nueva York 1997.

primera mitad del siglo XX, arqueólogos como V. Gordon Childe se desmarcaron de esta tendencia general, y fueron más allá de la simple descripción y correlación de complejos culturales. En contraposición con sus predecesores, que estaban más preocupados en establecer cronologías y mapas difusionistas de rasgos culturales, Gordon Childe desde el materialismo histórico intentó explicar por qué cambiaron las cosas en las sociedades del pasado, planteando las causas de estos cambios. Así, algunos de sus libros como *Los orígenes de la civilización*<sup>8</sup> o *Qué sucedió en la Historia*<sup>9</sup> muestran una imagen dinámica en la cual las culturas arqueológicas son analizadas teniendo en cuenta sus orígenes, transformaciones y su interacción. Independientemente, el prehistoriador británico J. G. D. Clark<sup>10</sup> fue el pionero del enfoque paleoecológico en arqueología, en el cual el medio ambiente era visto como el principal condicionante del comportamiento humano. Clark, rompiendo con el enfoque histórico-cultural dominado por los artefactos, afirmó que podemos llegar a determinar ciertos aspectos de las sociedades humanas del pasado analizando como éstas se adaptaron a su entorno natural.

A raíz del creciente interés por los modelos ecológicos, ya en la década de 1940, se dio una clara reacción contra el posicionamiento histórico-cultural. Anteriormente, antropólogos británicos como E. E. Evans-Pritchard y A. R. Radcliffe Brown habían formulado un enfoque denominado funcionalismo que se hizo preponderante en aquella época. Para el funcionalismo las culturas son similares a organismos o sistemas, de modo que la estructuración de las partes se explica según la función que realizan con relación al conjunto. Partiendo de esta definición, la antropología funcionalista se dedica a estudiar cómo se interrelacionan los rasgos culturales y en qué medida contribuyen a obtener un efecto significativo en el comportamiento cultural, así como económico, del grupo humano al que pertenecen. Podría decirse, por tanto, que el funcionalismo está vinculado a la ecología cultural puesto que comparten

---

<sup>8</sup> V.G. Childe, *Los orígenes de la civilización*, Madrid 1988.

<sup>9</sup> V.G. Childe, *Qué sucedió en la Historia*, Barcelona 2002.

<sup>10</sup> Véase J.G.D. Clark, *The Mesolithic Age in Britain*, Cambridge 1932; J.G.D. Clark, *Arqueología y sociedad. Reconstruyendo el pasado histórico*, Madrid 1980 (1ª ed. inglesa, 1939).

un mismo principio: lo que le ocurre a un sistema puede tener consecuencias en uno u otro sistema.

Esta tendencia se transmitió a la arqueología norteamericana, la cual adoptó un punto de vista funcional a la hora de interpretar los datos arqueológicos.<sup>11</sup> Las culturas arqueológicas ya no eran contempladas exclusivamente como el resultado de todos sus tipos artefactuales conservados, sino como partes integrantes de un sistema cultural total. De esta manera, se plantearon explicaciones funcionales para todo tipo de comportamientos culturales, incluso de los que inicialmente parecían estar más alejados de la esfera material, como aquellos relativos a aspectos sociales y económicos. Además, la interpretación funcional de la cultura comportó que la Arqueología se aproximara a la Antropología a la hora de buscar paralelos etnográficos y conceptos teóricos de los que servirse a la hora de establecer correspondencias entre los comportamientos humanos y los restos materiales que éstos dejan<sup>12</sup>. En el ámbito norteamericano, esto fue debido, por una parte, a los contactos directos de la Arqueología con la población indígena de América del Norte y, por la otra, a la integración de la disciplina arqueológica en la Antropología. El antropólogo F. Boas, al que nos hemos referido anteriormente, tuvo un papel destacado a principios del siglo XX en el mantenimiento de la arqueología norteamericana dentro del ámbito de la Antropología. Este hecho se manifiesta, aún hoy en día, en los departamentos de Antropología de muchas universidades de los Estados Unidos. Sin embargo, Europa quedó al margen de este debate intelectual. Aquí, la mayor parte de los arqueólogos consideraron su disciplina como un apéndice de la Historia, realizando análisis históricos de datos arqueológicos y, sin plantearse la necesidad de establecer generalizaciones teóricas que argumentaran su labor.

---

<sup>11</sup> Véase por ejemplo, entre otros, J.W. Bennet, Recent developments in the functional interpretation of archaeological data, *American Antiquity* 9 (1945): 208-219; W.R. Wedel, Environment and Native Subsistence Economies in the Central Great Plains, *Smithsonian Miscellaneous Collections* 101/3 (1941); G.R. Willey, A functional analysis of "horizon styles" in Peruvian archaeology, en W.C. Bennet (ed.), *A Reappraisal of Peruvian archaeology*, Memoir 4 (1948), pp. 8-15. Citados en B. Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona 1992, pp. 257-258.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 270.

En esa época, se establecieron otras conexiones entre Arqueología y Antropología. Prueba de ello es el pensamiento neoevolucionista que emergió a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta en los Estados Unidos. Antropólogos como E. R. Service<sup>13</sup>, M. Sahlins<sup>14</sup> y M. H. Fried<sup>15</sup> reemplazaron los tradicionales esquemas de progreso del siglo XIX, por otros que comprendían bandas, tribus, jefaturas y estado. Esta secuencia unidireccional proporcionó a los arqueólogos una escala común sobre la cual situar las culturas presentes o desaparecidas. Igualmente, facilitó claras descripciones etnográficas con las que elaborar estudios sobre función, adaptación y cambio cultural. Particularmente, el trabajo del antropólogo cultural L. A. White fue muy influyente. Su definición de cultura como la forma extrasomática de adaptación al medio de los seres humanos, por una parte, así como su teoría evolucionista sobre el desarrollo de las sociedades como mecanismos o sistemas, por la otra, fueron conceptos de gran importancia para la configuración teórica del enfoque funcional o procesual<sup>16</sup>. Otro antropólogo norteamericano, J. Steward<sup>17</sup>, por su parte, habló de la influencia del medio ambiente en las culturas y de la posibilidad de llegar a determinar regularidades que explicaran el cambio cultural. Entre los investigadores que se adhirieron a los planteamientos de White y Steward destaca el prehistoriador norteamericano L. R. Binford.

Para dotar a la arqueología de un carácter más científico, Binford propuso, a principios de los años sesenta del siglo XX, dirigir la mirada hacia la Antropología, la Geografía y las Ciencias físico-naturales. El punto de partida de su pensamiento es el rechazo a los planteamientos de la historia cultural, los cuales en gran medida habían dominado la antropología hasta aquel momento. Binford se rebela en particular contra

---

<sup>13</sup> E.R. Service, *Primitive Social Organization: an Evolutionary Perspective*, Nueva York 1962.

<sup>14</sup> M. Sahlins, Poor Man, Rich Man, Big Man, Chief: Political Types in Melanesia and Polynesia, *Comparative Studies in Society and History* 5 (1963): 285-303.

<sup>15</sup> M.H. Fried, *The Evolution of Political Society*, Nueva York 1967.

<sup>16</sup> L.A. White, *The Evolution of Culture*, Nueva York 1959, p. 8 o, del mismo autor, The concept of culture, *American Anthropologist* 61 (1959): 227-251.

<sup>17</sup> J. Steward, *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution*, Chicago 1955.

el principio que considera cada fenómeno cultural como único e irrepetible y, por tanto, niega el valor de los procedimientos comparativos entre culturas. Las descripciones simples y subjetivas de las culturas humanas que caracterizaban la propuesta histórico-cultural fueron tachadas como razonamientos normativos y poco científicos. Frente a esto, Binford propone una arqueología que aspire a la generalización. La identificación de reglas transculturales acerca de las sociedades humanas implica interés por períodos y procesos de larga duración, de ahí su denominación como arqueología procesual o procesualismo.

Para satisfacer el propósito de establecer leyes universales, es imprescindible disponer de un método que permita estipular vínculos claros y objetivos entre los datos arqueológicos y su interpretación. Sobre la base del neopositivismo de filósofos tales como C. Hempel, se adopta el método hipotético-deductivo que permite elaborar teorías generales y contrastarlas con datos independientes<sup>18</sup>. Con este método, se obtendrían resultados imparciales, es decir, no influenciados por las ideas del investigador. Gracias a su aplicación, surge un nuevo optimismo de carácter positivista basado en la posibilidad de llegar a conclusiones objetivas también en el campo de las Ciencias Sociales. En este sentido, para P. J. Watson, C. L. R. Redman y S. A. LeBlanc, la contrastación científica de hipótesis da la medida del progreso en arqueología<sup>19</sup>.

El objetivo intelectual es el de aproximar la Arqueología a las Ciencias de la Naturaleza, como la Física o la Biología, y convertirla en una disciplina rigurosa y autocrítica. Todo ello forma parte de lo que D. L. Clarke calificó como una “pérdida de la inocencia”, esto es, el intento por parte de la Arqueología de construir sus propias bases teórico-metodológicas<sup>20</sup>.

---

<sup>18</sup> L.R. Binford, *An Archaeological Perspective*, Nueva York 1972, pp. 78-104.

<sup>19</sup> P.J. Watson-C.L.R. Redman-S.A. LeBlanc, *El método científico en arqueología*, Madrid 1974.

<sup>20</sup> D.L. Clarke, *Archaeology: the loss of innocence*, *Antiquity* 47 (1973): 6-18.

## 2.1. Arqueología procesual y teoría de alcance medio

Ya hemos visto como gran parte de la controversia acerca de la consideración de la Arqueología como una disciplina científica estuvo centrada en cuestiones teóricas y metodológicas. Pero a pesar de que la nueva arqueología incidía en la necesidad de avanzar hipótesis y contrastarlas a continuación, seguían existiendo problemas metodológicos a la hora de interpretar el registro arqueológico (figura 1.1).

En ese contexto, Binford sugirió que la reivindicación de una arqueología científica dependía esencialmente de solucionar cómo relacionar el registro arqueológico, empírico y estático, con las dinámicas de las sociedades del pasado que crearon dicho registro. Con tal objetivo, Binford insinuó la aplicación de analogías o comparaciones etnográficas. Siguiendo a este autor, una analogía es “el término empleado para designar un tipo particular de argumento inferencial”<sup>21</sup>, destacando que no sólo es la demostración de que dos objetos o fenómenos son similares en algunos atributos, sino que también podrían ser similares en otros<sup>22</sup>. De este modo, el uso de analogías etnográficas autorizaría, por una parte, el planteamiento de argumentos inferenciales acerca de las culturas del pasado y, por otra, la exploración del registro arqueológico para el establecimiento de nuevas relaciones<sup>23</sup>. Una de las obras más empleadas resultó ser el atlas etnográfico mundial del investigador norteamericano G. P. Murdock<sup>24</sup>, con cerca de mil referencias a distintos grupos étnicos e información relativa a su organización social, política, económica, etc., así como los *Human Relation Area Files* (HRAF), de contenido similar.

---

<sup>21</sup> L.R. Binford, *An Archaeological Perspective*, Nueva York 1972, p. 34.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

<sup>24</sup> G.P. Murdock, *World ethnographic atlas*, Pittsburgh 1967.

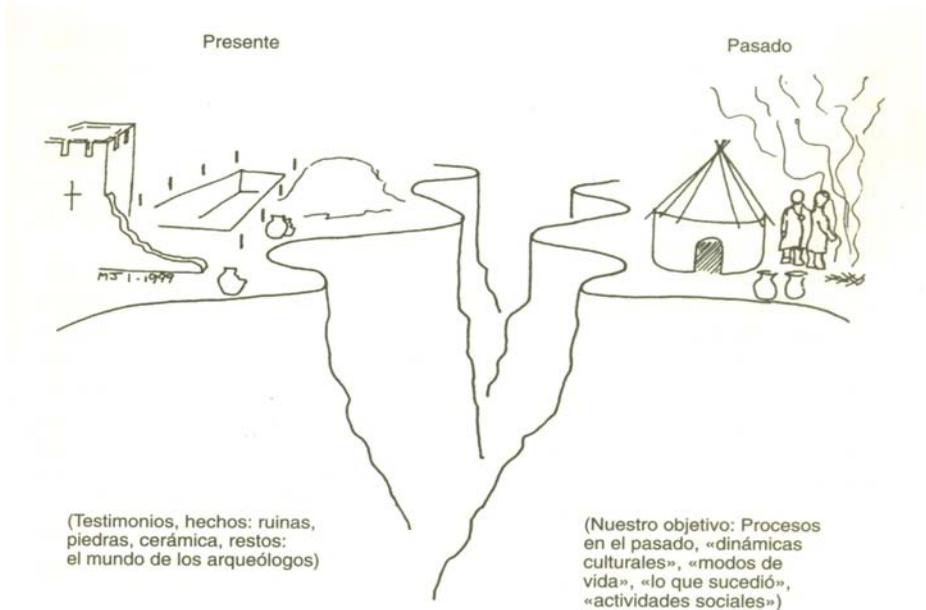


Fig. 1.1. El abismo entre el presente y el pasado<sup>25</sup>

La Etnoarqueología se convirtió en el método más utilizado a la hora de relacionar comportamientos culturales y sus consecuencias materiales. Según Th. C. W. Oudemans, la Etnoarqueología es “el método de desechar los prejuicios propios con el objetivo de llegar a la familiaridad con la “otredad” de diferentes sociedades”<sup>26</sup>. En su definición más amplia, este método permitiría a los arqueólogos observar directamente la realidad de pueblos modernos en su contexto cultural y medioambiental específico, para llegar a determinar regularidades referentes a la formación y la organización espacio-temporal de la documentación arqueológica. La Etnoarqueología, en esta acepción, posibilitaría inferir por analogía que si ciertos comportamientos o

<sup>25</sup> Extraído de M. Johnson, *Teoría arqueológica. Una introducción*, Barcelona 2000, p. 31, fig. 2. 1.

<sup>26</sup> T.C.W. Oudemans, Heidegger and archaeology, *Archaeological Dialogues* 3/1 (1996): 29-33, citado en A. González Ruibal, *La experiencia del otro. Una introducción a la etnoarqueología*, Madrid 2003, p. 13.

procesos culturales producen determinados resultados materiales en el presente, también podrían haberlo hecho en el pasado.

Las generalizaciones que produce la etnoarqueología procesual se enmarcan dentro de lo que Binford denomina *middle-range theory* o “teoría de alcance medio”. Como su nombre indica, dichas teorías tienen un efecto limitado ya que no dan respuesta al por qué cambian las culturas, sino que intentan explicar cómo se origina el registro arqueológico, cómo pervive y por qué, y cómo podemos interpretarlo. De este modo, las regularidades extraídas de la Etnoarqueología proporcionarían unos marcos de referencia universales que podrían emplearse para cubrir los vacíos de información arqueológica. En palabras de Binford, las teorías de alcance medio se asemejarían a una piedra Rosetta, esto es, serían “un sistema para “descifrar” lo estático, pasando de los instrumentos líticos encontrados en un yacimiento arqueológico a la vida que llevaban las gentes que los dejaron allí”<sup>27</sup>. Por consiguiente, podría decirse que el objetivo perseguido por Binford era llegar propiamente a una “antropología densa”, es decir, a una Antropología con unos vínculos más próximos a la cultura material de lo que lo había estado ésta anteriormente.

En definitiva, la Etnoarqueología y la teoría de alcance medio desempeñaron un papel importante con vistas a dar significado al registro arqueológico y reforzar las comparaciones entre culturas. Igualmente, fueron importantes para dar un gran impulso al estudio de los agentes y procesos naturales y culturales que llevaron a la creación del registro que los arqueólogos vemos hoy en día. Se desarrollaron nuevos planteamientos derivados de las disciplinas científicas aplicados a la Arqueología, tales como el análisis de los materiales, de los paisajes, los procesos de formación y deposición del registro arqueológico, la distribución de yacimientos y objetos y, sobre todo, la cuantificación de los datos arqueológicos.

## 2.2. Arqueología procesual y teoría de sistemas

Los conceptos de proceso y sistema tienen una gran importancia para la arqueología procesual. Las posturas tradicionales, como hemos visto

---

<sup>27</sup> L.R. Binford, *En busca del pasado*, Barcelona 1988, p. 28.

anteriormente, se caracterizaban por mantener una visión normativa de la cultura, según la cual una cultura era un conjunto de normas e ideas compartidas. Dicha definición comportaba explicaciones sencillas de los hechos sin reparar en los procesos de cambio cultural que los habían provocado.

Por el contrario, la definición de cultura de la nueva arqueología debía ser diferente. Para la arqueología procesual, la cultura era un sistema. En palabras del arqueólogo británico D. L. Clarke, un sistema es “una red intercomunicada de atributos o entidades que forma un bloque complejo”<sup>28</sup>. Se trata de una concepción de cultura muy distinta. En lugar de buscar normas compartidas, se analizan los diferentes componentes y se estudian las relaciones que se establecen entre ellos. El objetivo último es comprender mejor el funcionamiento de las sociedades del pasado, los procesos que subyacen en su desarrollo y cómo éstas se transforman. Con dicho propósito fueron adoptados los planteamientos derivados de la teoría de sistemas.

La teoría de sistemas es un cuerpo de conceptos desarrollado en los años cincuenta en el campo de la Cibernética, la Ingeniería y la Ecología, cuyo fin es establecer reglas que rijan el comportamiento de distintos tipos de sistemas. En su aplicación al estudio de las actividades humanas, la teoría de sistemas sostiene que las culturas pueden concebirse como sistemas u organismos integrados por sistemas interdependientes o subsistemas. Cada subsistema está caracterizado por la función o actividad que realiza y, al mismo tiempo, está retroalimentado (*feedback*) por otros subsistemas. Dicho proceso de retroalimentación implica que lo que le ocurre a un sistema puede tener consecuencias en otro u otros sistemas.

Binford definió la cultura como la forma extrasomática de adaptación al medio de los seres humanos compuesta por tres subsistemas interrelacionados: la organización social, la tecnología y la ideología<sup>29</sup>. La cultura fue considerada un sistema que podía cambiar en función de la situación, es decir, un sistema fundamentalmente determinado por factores ambientales. De acuerdo con esta idea, la explicación de los

---

<sup>28</sup> D.L. Clarke, *Arqueología Analítica*, Bellaterra 1984, p. 444.

<sup>29</sup> L.R. Binford, *Archaeological systematics and the study of culture process*, *American Antiquity* 31 (1965): 205.

procesos culturales significaba centrarse en aquellas características de la sociedad más vinculadas a su adaptación al medio ambiente. Esto condujo a los procesualistas a analizar el subsistema social en sí mismo, así como el tecnológico, el ideológico, el demográfico, la subsistencia, etc. (fig. 1.2). De esta manera, se podían estudiar las interrelaciones entre los subsistemas, observar sus respuestas y predecir los resultados<sup>30</sup>. Además, si se consideraba a la cultura como un sistema era lógico examinar los distintos aspectos que cambiaban en él, comprobarlos, enumerarlos y explicitarlos. Binford argumentó que si los arqueólogos adoptaban estas prescripciones teóricas tendrían la capacidad de estudiar y poner a prueba directamente hipótesis concernientes al proceso de cambio evolutivo, esto es, procesos de cambio paulatinos o hipótesis que plantean prioridades procesuales-temporales relativas a sistemas culturales totales<sup>31</sup>.

---

<sup>30</sup> *Ibidem.*

<sup>31</sup> L.R. Binford, *Archaeology as Anthropology*, *American Antiquity* 28 (1962): 224.

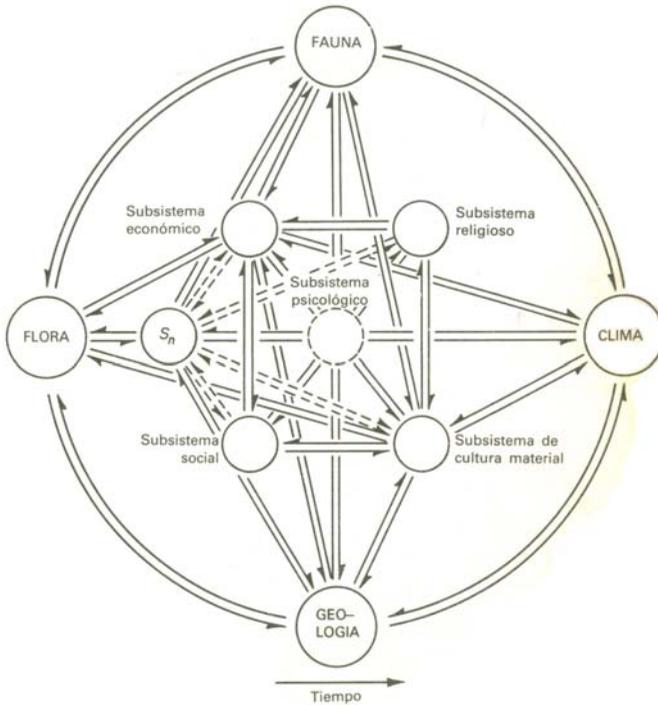


Fig. 1.2. Modelo sistémico de la cultura según D. L. Clarke. Los cinco subsistemas de un sistema sociocultural interactúan entre ellos y con los cuatro componentes del entorno exterior. La sigla  $S_n$  representa la suma de los efectos de otros sistemas culturales relacionados con el medioambiente a través de interacciones<sup>32</sup>.

Bajo esta óptica, el arqueólogo norteamericano K. V. Flannery analizó el cambio cultural durante la transición de las sociedades mesoamericanas de cazadores-recolectores a agricultores sedentarios<sup>33</sup>. A su vez, D. L. Clarke fue el encargado de sintetizar el enfoque sistémico en arqueología en su obra *Arqueología Analítica*<sup>34</sup>. Finalmente, el británico C. Renfrew

<sup>32</sup> Extraído de D.L. Clarke, *op. cit.*, p. 118.

<sup>33</sup> K.V. Flannery, *Archaeological Systems Theory and Early Mesoamerica*, en B.J. Meggers (ed.), *Anthropological Archaeology in the Americas*, Washington 1968, pp. 67-87.

<sup>34</sup> D.L. Clarke, *op. cit.*

aplicó la teoría de sistemas al problema de los orígenes del Estado durante la Edad del Bronce en el Egeo<sup>35</sup>.

La preocupación por las causas llevó a la arqueología procesual a plantearse también por qué los sistemas no cambiaban. El equilibrio se analizó desde la perspectiva de análisis de los ecosistemas, con sus mecanismos autorreguladores (*inputs, outputs*) que estabilizaban los sistemas en lo que se denomina como homeostasis.

Entre otras cosas, el pensamiento sistémico fue una fuente potencial de optimismo respecto a la probabilidad de llegar a tener un mayor conocimiento de las actividades humanas del pasado a partir del registro arqueológico. Binford arguyó que los artefactos no se interrelacionarían dentro de un subsistema simple de cultura, sino que representarían la estructura del sistema cultural total<sup>36</sup>. De ahí se desprende que de ciertos aspectos de una cultura, como el diseño de la cerámica o la forma de las tumbas, se podría inferir una representación sistémica comprensible de la sociedad.

Por otra parte, el punto de vista sistémico en arqueología facilitó evitar las explicaciones monocausales de los procesos de cambio cultural. En contraposición con las arqueologías tradicionales, que hablaban de influencias de una cultura sobre la otra, las explicaciones sistémicas eran multivariantes. Al considerar la cultura como un sistema compuesto por subsistemas interrelacionados, se podía hacer frente a una gran cantidad de variables que cambiaban simultáneamente. De este modo, se lograba cuantificar e interpretar el nivel de cambio cultural en la totalidad del sistema cultural como una respuesta adaptativa o como una repuesta a alteraciones en los sistemas yuxtapuestos<sup>37</sup>.

### 3. PROPUESTAS ALTERNATIVAS A LA ARQUEOLOGÍA PROCESUAL: ARQUEOLOGÍA COGNITIVA Y ARQUEOLOGÍA POSTPROCESUAL

A pesar de que los planteamientos teórico-metodológicos de la nueva arqueología arraigaron profundamente entre muchos investigadores,

---

<sup>35</sup> C. Renfrew, *The Emergence of Civilisation, the Cyclades and the Aegean in the Third Millennium BC*, Londres 1972.

<sup>36</sup> L.R. Binford, *Archaeology as Anthropology*, *American Antiquity* 28 (1962): 218.

<sup>37</sup> B. Trigger, *op. cit.*, p. 279.

pronto surgieron voces discordantes planteando dificultades inherentes a la epistemología positivista y, específicamente, al desarrollo de la teoría de alcance medio.

En un artículo, publicado en 1969, el arqueólogo británico P. Ucko<sup>38</sup> ponía en duda la excesiva simplicidad con la que los procesualistas relacionaban el registro arqueológico y las sociedades humanas del pasado. A partir del estudio etnográfico de diversas comunidades africanas, Ucko exponía las dificultades a la hora de definir comportamientos homogéneos concernientes a las prácticas funerarias entre los miembros de estas sociedades. Aunque en algunas comunidades aspectos tales como el género, el estatus social o las actividades desarrolladas en vida se reflejan en el tipo de sepulturas empleadas, también es cierto que en otras sociedades estas circunstancias no se dan. Así, Ucko cita los ejemplos de los Yoruba de Nigeria que depositan en las tumbas las pertenencias del difunto pero no los objetos de valor, los Nankenses de Ghana que no colocan ajuar en las tumbas y los Nandi de Kenia que por cuestiones rituales dejan que las hienas se coman los cuerpos de sus difuntos<sup>39</sup>.

Del mismo modo, el estudio del antropólogo M. Bloch<sup>40</sup> sobre dos comunidades vecinas de Madagascar llamó la atención sobre los errores interpretativos que la arqueología podía llegar a cometer. Bloch observó que mientras entre los Merina los individuos de mayor estatus social son enterrados en determinados lugares y el ritual funerario corresponde a su actividad desarrollada en vida, el tipo de tumba es similar a las del resto de miembros de la comunidad. En contraposición, entre los Sakalava las tumbas de los individuos con un estatus social elevado pueden ser de peor calidad que las de otros integrantes del grupo. Estas diferencias llevaron a Bloch a advertir la escasa vinculación entre las prácticas funerarias y el rol sociopolítico que ciertos individuos y/o comunidades podrían haber llevado a cabo en el mundo de los vivos<sup>41</sup>. De hecho, esta

---

<sup>38</sup> P.J. Ucko, *Ethnography and Archaeological Interpretation of Funerary Remains*, *World Archaeology* 1 (1969): 262-280.

<sup>39</sup> *Ibidem*.

<sup>40</sup> M. Bloch, *Tombs and States*, en S.C. Humphreys–H. King (eds.), *Mortality and immortality: The Anthropology and Archaeology of Death*, Londres–San Francisco 1981, pp. 137-147.

<sup>41</sup> *Ibidem*.

apreciación de Bloch planteaba, al igual que hicieron anteriormente S. Piggott<sup>42</sup> y E. Leach<sup>43</sup>, la casi incapacidad de la arqueología para llegar a apreciar ciertos aspectos sociales a partir de la cultura material.

Los avisos de Ucko y Bloch, respectivamente, tuvieron un gran eco entre los arqueólogos más escépticos<sup>44</sup> y también entre aquellos que propugnaban propuestas alternativas dentro del seno del procesualismo<sup>45</sup>. Estos últimos consideraron que los modelos procesualistas no tenían en cuenta los pensamientos y valores del pasado y plantearon la necesidad de identificar factores cognitivos de las culturas a partir del análisis del registro arqueológico.

La propuesta teórico-metodológica para el análisis de las ideas y creencias de las culturas que nace en el seno de la denominada arqueología procesual es denominada habitualmente como procesualismo cognitivo o arqueología cognitiva.

Desde la perspectiva sistémica, arqueólogos como K. V. Flannery y E. J. Marcus<sup>46</sup> analizaron las cosmologías, la religión y la ideología de los indios zapotecas en combinación con datos procedentes del estudio de los asentamientos y la subsistencia. A su vez, C. Renfrew y E. Zubrow fueron los encargados de sintetizar el enfoque procesualista

---

<sup>42</sup> S. Piggott, Problems in the interpretation of chambered tombs, en G. Daniel-P. Kjaerum (eds.), *Megalithic Graves and Ritual. III Atlantic Colloquium*, Moesgard 1973.

<sup>43</sup> E. Leach, A view from the bridge, en M. Springgs (ed.), *Archaeology and Anthropology, British Archaeological Reports* 19 (1977): 161-166.

<sup>44</sup> Véase, por ejemplo, I. Hodder, Social Structure and Cemeteries: a Critical Appraisal, en P. Rhatz-T. Dickinson-L. Watts (eds.), *Anglo-Saxon Cemeteries 1979, British Archaeological Reports* 82 (1980): 161-169; S.C. Humphreys-H. King (eds.), *Mortality and immortality: The Anthropology and Archaeology of Death*, Londres-San Francisco 1981; E.J. Pader, *Symbolism, Social Relations and the interpretation of Mortuary Remains, British Archaeological Reports* 130 (1982).

<sup>45</sup> Véase, R. Chapman, Mortuary practices: society, theory building and archaeology, en A. Boddington-A.N. Garland-R.C. Janaway (eds.), *Death, Decay and Reconstruction. Approaches to Archaeology and Forensic Sciences*, Manchester 1987, pp. 198-213; C. Renfrew, *Approaches to Social Archaeology*, Edinburgo 1984.

<sup>46</sup> K.V. Flannery-E.J. Marcus, Formative Oaxaca and Zapotec Cosmos, *American Scientist* 64/4 (1976): 374-383; véase también de los mismos autores, Cognitive Archaeology, *Cambridge Archaeological Journal* 3 (1993): 260-270.

cognitivo en arqueología en su obra *The Ancient Mind*<sup>47</sup>. Actualmente, muchos investigadores están fuertemente influenciados por la psicología, especialmente aquellos que examinan los pensamientos en el contexto de la evolución humana<sup>48</sup>. Entre estos destaca, particularmente, S. Mithen<sup>49</sup> que ha centrado sus investigaciones en la conciencia y los procedimientos de toma de decisiones entre las sociedades prehistóricas de cazadores-recolectores.

A grandes rasgos, estos investigadores creen que podemos indagar en las ideas y las creencias sin la necesidad de abandonar los principios fundamentales de la arqueología procesual<sup>50</sup>. Para ello, proponen emplear modelos sistémicos más flexibles que permitirían plantear determinadas inferencias cognitivas de las sociedades del pasado. Pero no todos los investigadores opinan lo mismo. Arqueólogos como C. Hawkes<sup>51</sup> piensan que es prácticamente imposible utilizar los vestigios materiales para reconstruir los pensamientos, especialmente aquellos vinculados con la esfera espiritual. Para este investigador, las ideas de la gente quedan fuera del alcance de la arqueología puesto que estas no pueden ser contrastadas científicamente. Por su parte, L. R. Binford<sup>52</sup>, considerado el padre de la nueva arqueología, advierte que no es conveniente que los arqueólogos indaguen en los factores cognitivos, ya que estos corren el peligro de caer en explicaciones subjetivas cercanas a la paleopsicología.

---

<sup>47</sup> C. Renfrew–E. Zubrow, *The Ancient Mind: Elements of cognitive archaeology*, Cambridge 1994; véase también C. Renfrew, *Cognitive Archaeology: Some Thoughts on the Archaeology of Thought*, *Cambridge Archaeological Journal* 3/2 (1993): 248-250.

<sup>48</sup> Véanse por ejemplo, entre otros autores: I. Davidson–W. Noble, *Human Evolution, Language, and Mind: A Psychological and Archaeological Enquiry*, Cambridge 1996; P. Mellars–K. Gibson (eds.), *Modelling the Early Human Mind*, Cambridge 1997.

<sup>49</sup> S. Mithen, *Thoughtful Foragers: A Study of Prehistoric Decision Making*, Cambridge 1990; S. Mithen, *The Prehistory of the Mind: The Cognitive Origins of Art, Religion and Science*, Londres 1996.

<sup>50</sup> M. Leone, *Some opinions about recovering mind*, *American Antiquity* 47 (1982): 742-760; C. Renfrew, *Towards an Archaeology of Mind*, Cambridge 1983.

<sup>51</sup> C. Hawkes, *Archaeological theory and method: some suggestions from the Old World*, *American Anthropologist* 56 (1954): 155-168.

<sup>52</sup> L.R. Binford, *Comments on change*, *Current Anthropology* 8 (1967): 234-235, *apud* I. Hodder, *La arqueología en la era post-moderna*, *Trabajos de prehistoria* 44 (1987): 15.

Por otro lado, otros investigadores creían que era necesario cuestionar los principios originarios de la arqueología procesual. Los integrantes de la llamada, según los casos, arqueología postprocesual, contextual, interpretativa o simbólica representan una de las tendencias críticas más influyentes en la actualidad. Estos arqueólogos tienen en común, primero, un acercamiento a los estudios cognitivos, segundo, la influencia del pensamiento estructuralista y, tercero, el influjo de la tradición marxista. Uno de los principales exponentes de este enfoque es el arqueólogo británico I. Hodder<sup>53</sup>, quien tras poner en tela de juicio la teoría de alcance medio, sugiere la necesidad de indagar en los pensamientos del pasado y su poder de simbolización.

El punto de partida del pensamiento postprocesual es el rechazo a la confianza en las concepciones positivistas sobre la cultura. A diferencia de sus predecesores, los postprocesualistas consideran los comportamientos de las sociedades humanas tan complejos que escapan de todo intento de generalización. Creen, por tanto, que las aspiraciones científicas de la arqueología procesual son el reflejo de una actitud simplista frente a una evidencia arqueológica mucho más flexible y variable. Una evidencia, por otra parte, construida simbólicamente y a la que sólo nos podemos acercar examinando su contexto arqueológico específico<sup>54</sup>. Así pues, en contraposición con los procesualistas para quienes los objetos son invenciones para hacer frente al medio exterior, para los postprocesualistas la cultura material es como un texto, esto es, un conjunto de signos cuyo significado sólo es evidente en el escenario concreto en el que se desenvuelven. En definitiva, para el postprocesualismo la interpretación de los vestigios materiales es siempre hermenéutica, es decir, asignan ciertos significados a los objetos que suponen son los mismos que les dieron las sociedades del pasado.

Pero, ¿cómo podemos estudiar los significados? Algunos investigadores acogen el estructuralismo para indagar en los pensamientos y los valores del pasado<sup>55</sup>. Otros en cambio, utilizan los

---

<sup>53</sup> I. Hodder, *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge 1982.

<sup>54</sup> I. Hodder, *Reading the past: current approaches to interpretation in archaeology*, Cambridge 1986.

<sup>55</sup> C. Tilley reúne en este volumen una serie de trabajos de arqueólogos de tendencia estructuralista: C. Tilley (ed.), *Reading Material Culture*, Oxford 1990; I. Hodder, *Symbols in action*, Cambridge 1982.

textos marxistas y neo-marxistas como medio para estudiar si ciertas prácticas sociales sirven para legitimar, tergiversar o enmascarar el orden establecido<sup>56</sup>. Muchos otros se decantan por el pensamiento feminista<sup>57</sup>, mientras que otros se ven influidos por la antropología interpretativa de investigadores tales como Clifford Geertz.

Y ¿cómo llegamos a entender los significados que se hallan detrás de la cultura material? Una de las premisas más importantes del pensamiento postprocesualista es la que afirma que difícilmente podremos llegar a alcanzar una interpretación definitiva que incluya todos los elementos que han participado en el análisis. En analogía con los textos o el lenguaje, la cultura material es susceptible de diversas interpretaciones, todas ellas válidas, teniendo en cuenta siempre que unas mismas prácticas sociales pueden tener significados muy diferentes entre sociedades distintas. De todo esto se desprende la relatividad, no sólo de las situaciones a analizar, sino también de quien analiza. En este sentido, para el pensamiento postprocesual los significados que extraemos de los vestigios arqueológicos en el presente conllevan, inevitablemente, juicios políticos y morales. Esto no quiere decir que los arqueólogos postprocesuales no son sinceros en su intento de objetividad, sino que se abren a la posibilidad de una multiplicidad de interpretaciones, tantas como investigadores<sup>58</sup>.

El relativismo propugnado en el discurso postprocesualista, radicalmente contrario a las regularidades buscadas por los procesualistas, ha sido objeto de numerosas críticas. Dichas críticas se han centrado, generalmente, en la oposición al particularismo histórico entendido como la negación a toda posibilidad de conocimiento

---

<sup>56</sup> R.H. McGuire, *A Marxist Archaeology*, San Diego 1992; R.H. McGuire-R. Paynter, *The Archaeology of Inequality*, Oxford 1991.

<sup>57</sup> J. Gero-M. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, Oxford 1991; J. Gero-M. Conkey, From programme to practice: gender and feminism archaeology, *Annual Review of Anthropology* 26 (1997): 411-437; J. Spector, *What This Awl Means: Feminist Archaeology at a Wahpeton Dakota Village*, St Paul 1993.

<sup>58</sup> Véase, por ejemplo, el análisis que realiza I. Hodder acerca de la variedad de comportamientos entre distintos grupos de Kenia y el Sudán a la hora de enterrar a sus difuntos: I. Hodder, *Symbols in Action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*, Cambridge 1982; ver también del mismo autor la interpretación del yacimiento neolítico de Catal Hüyük (Anatolia), Contextual archaeology: an interpretation of Catal Hüyük and a discussion of the origins of agriculture, *Bulletin of the Institute of Archaeology* (1987).

objetivo<sup>59</sup>. Es significativa en este sentido la afirmación de J. M. Vicent cuando dice que “el neopositivismo supone que los resultados de la práctica en investigación no pueden ser integrados en un solo cuerpo de conocimientos al no existir patrones universales aceptados de certeza. Ello supone que el neopositivismo no suponga un nuevo paradigma sino un radical relativismo epistemológico, y por lo tanto, teórico”<sup>60</sup>. Del mismo modo, otros investigadores han criticado desde el materialismo histórico los procesos de interpretación de tipo hermenéutico de la cultura material, según los cuales se podría decir cualquier cosa al amparo de lo que I. Hodder llama empatía<sup>61</sup>. Actualmente, uno de los debates internos en el seno del postprocesualismo es el que afecta a si en algún momento la interpretación arqueológica dejará de ser el reflejo de la ideología del arqueólogo.

#### 4. CONCLUSIÓN

Como hemos visto en las páginas precedentes, la arqueología de la muerte es un campo de la investigación que pretende abrazar los distintos aspectos vinculados a las prácticas funerarias, tanto aquéllos referentes a la cultura material como los relacionados con el impacto que ejerce la pérdida de vidas humanas en una determinada comunidad.

Son muchos los elementos y factores que forman parte de las prácticas funerarias de las sociedades humanas a lo largo de la Historia, así como el grado de implicación de los mismos. Por esta razón, consideramos que una aproximación abierta al tema se hace imprescindible. En esta aproximación, además, las diversas perspectivas desarrolladas a lo largo de los últimos tiempos tienen algo que decir. De

---

<sup>59</sup> K. Kristiansen, *The black and the red: Shanks and Tilley's programme for a radical archaeology*, *Antiquity* 62 (1988): 473-482; T.C. Patterson, *Some theoretical tensions within and between the processual and the postprocessual archaeologies*, *Journal of Anthropological Archaeology* 9/2 (1990): 189-200; A. Wiley, *On scepticism, philosophy, and archaeological science*, *Current Anthropology* 33 (1992): 209-213. Véase también, J.M. Vicent, *El debat postprocessual: algunes observacions "radicals" sobre una arqueologia "conservadora"*, *Cota Zero* 8 (1990): 102-107.

<sup>60</sup> J.M. Vicent, *Arqueología y Filosofía: la teoría crítica*, *Trabajos de Prehistoria* 48 (1991): 33.

<sup>61</sup> I. Hodder, *op. cit.*, pp. 129-154.

ahí que la mejor manera de aproximarse a la problemática sea aquella que busque las virtudes de las citadas tendencias, intentando, a su vez, combinarlas de la mejor manera.

Por cuestión de concepción y de espacio del presente artículo, esta búsqueda de un consenso entre tendencias la dejamos para otra ocasión.